



TRAYECTORIAS CRUZADAS¹

Carmen Méndez

1. Una trayectoria común a gitanos y payos: la migración

Una vida de recuerdos a saltos, a golpes. De repente te viene a la memoria un pasaje y se te ilumina la escena del recuerdo. Lo ves todo transparente, clarísimo y hasta parece que lo entiendes. Entiendes lo que está pasando allí aunque no lo entendieras cuando sucedió.

J.R. Aldecoa (1996), *Historia de una maestra*

Ante la pregunta «¿cuándo conociste a los gitanos?» no puedo más que hablar de mi trayectoria de vida, de mis recuerdos de infancia, de mi convivencia en común con ellos y con ellas, y de muchos pequeños detalles que forman parte de una estrecha relación que hemos ido construyendo mi familia y nuestros vecinos gitanos.

El primero en emigrar a Barcelona desde una pequeña aldea de Lugo fue uno de mis tíos maternos, y lo hizo buscando nuevas formas de ganarse la vida, fuera de una zona rural y lejos de los trabajos del campo. Su emigración estuvo apoyada por un pariente del pueblo que le había avisado de los enormes recursos que despuntaban, en los años 50, en una ciudad fuertemente dedicada a la industria textil como era Sabadell, situada en la periferia de Barcelona.

Con ese horizonte por delante decidió salir de Galicia para instalarse en Sabadell, concretamente en el barrio de Torre Romeu, en la periferia de la ciudad, y en casa de esos parientes que a su llegada ya le habían encontrado un trabajo.

Cuando llevaba poco tiempo en Sabadell, aunque el suficiente según él para conocer que los recursos en aquel momento eran muchos, dio el aviso a sus otros hermanos/as para que hicieran lo mismo que él había hecho, emigrar.

En aquel momento le tocó a mi otra tía, que acababa de casarse y a quien la emigración le abría unas puertas que no veía abiertas en su lugar de origen.

Se esperaba que mi madre, la pequeña de todos los hermanos, fuera la hija que debía quedarse en casa para cuidar a sus padres y encargarse de los escasos recursos agrícolas y ganaderos que poseían mis abuelos; sin embargo, las cosas no siempre suelen guiarse por lo establecido, no son tan lineales. El conocer a mi padre varió algo lo previsto. Entró en los terrenos prohibidos del matrimonio: mis abuelos paternos contaban con mayores recursos económicos, pertenecían a una de las llamadas «casas grandes»: así es como se las conocía en la aldea.

La boda no les estaba permitida o no era grata, y por ello buscaron una de las salidas viables: casarse a las seis de la mañana, con la única presencia de mis familiares maternos, y poco más tarde coger un tren, conocido como «el Shangay», que al cabo de 24 horas les dejaría en Barcelona junto a sus hermanos/as y cuñados/as.

¹ Algunos de los apartados de este texto forman parte de la tesis doctoral: *Por el camino de la participación. De la intervención asistencial a la militancia étnica*, UAB (2005).

Llegaron en 1962 y se instalaron junto a mis tíos/as en una misma casa.

La trayectoria migratoria de mis tíos/as y de mis padres la hicieron muchos otros y entre ellos estaban las familias gitanas que fueron llegando a Torre Romeu, en su mayoría procedentes de Andalucía, entre los años 60 y 70. Esas familias gitanas también llegaron a Barcelona buscando nuevas formas de ganarse la vida, nuevos recursos, y en la medida que los encontraban iban llamando a sus parientes para que siguieran su mismo camino, su misma trayectoria. Algunos se instalaron en las cuevas de Torre Romeu, situadas en la ladera de una pequeña montaña en la misma entrada del barrio, hasta contar con mayores recursos que les fueron permitiendo trasladarse a las casas, unos próximos al río Ripoll en Sant Nicolau, otros en el centro de Torre Romeu y otros en la parte alta llamada «Tibidabo», distribuidos siempre en su asentamiento por familias.

Entre esas familias gitanas, unos se dedicaban ya a la venta ambulante regularizada, otros trabajaban en fábricas y los menos en la recogida de chatarra. Muchas veces he oído a mi madre hablar de los gitanos con los que subía la cuesta de Torre Romeu para ir a trabajar a la fábrica.

Siguiendo esta trayectoria común entre mis padres y algunas familias gitanas, tengo los primeros recuerdos infantiles de mi relación con ellos: el juego en la calle y en la escuela, al igual que alguna que otra pelea ante la cual mi madre aguantaba la regañina de alguna vecina que le insistía en que esas tortas me las llevara «por dejarme jugar con los gitanos».

A la escuela del barrio, Escuela Pública Joan Montllor, asistimos mi primo, mi hermano y yo hasta finalizar párvulos. En ese momento mis padres, como muchos otros padres, tomaron la decisión de que era mejor sacar a sus hijos de una escuela periférica y pública,

tachada de tener un bajo nivel educativo, y nos llevaron a unas escuelas del centro de la ciudad, privadas y en nuestro caso religiosas: mi hermano y mi primo a «los curas» y la niña a «las monjas». No lo digo con ninguna actitud de reproche; en aquellos momentos, para mis padres, el trasladar a sus hijos a una escuela del centro supuso un enorme esfuerzo económico y no sólo eso, puesto que la distancia era considerable. Autobuses arriba y abajo cuatro veces diarias. Ese cambio suponía una vía de promoción, una salida del barrio para sus hijos, catalogado como periférico. Recuerdo que en determinados contextos algunas compañeras del barrio y de la escuela evitaban decir dónde vivían.

Después de algunos años, mis padres decidieron comprar un piso en otro barrio, barrio con una «buena imagen». Salir del barrio se identificaba con un aumento de los recursos y con mayores posibilidades para los hijos. Aún hoy es frecuente oír frases como: «porque vosotros pudisteis marcharos».

El traslado supuso una separación dolorosa, separación espacial de la familia, de los amigos/as, del entorno habitual. Es más, no entendía cómo habíamos hecho un cambio que implicaba, bajo mi criterio, más pérdidas que mejoras: cambiar una casa por un piso, cambiar la cercanía familiar por la lejanía relativa, cambiar las estrechas relaciones con los vecinos por las escasas relaciones vecinales. Y ante todo eso mis padres respondían que a ellos tampoco les gustaba pero lo hacían «por el bien de sus hijos», «por su futuro».

Durante una larga temporada, mis padres, mi hermano y yo estuvimos utilizando el piso como un lugar al que únicamente se iba a dormir. Pasábamos la mayor parte de nuestro tiempo libre en casa de mi tía. En aquellos momentos tenía el único supermercado del barrio y eso nos permitía seguir en contacto

con todos los vecinos del barrio, payos y gitanos. Ese contacto y las relaciones que implicaba me permitió hacer mi primera aproximación etnográfica al comenzar la Licenciatura de Antropología. Se juntaron dos cosas: por una parte, como decía, mis relaciones con los habitantes de Torre Romeu, payos y gitanos, y por otra, el tener como profesora en la Licenciatura a Teresa San Román, por quien sentía una enorme admiración profesional.

El planteamiento del trabajo tenía que ver con las relaciones establecidas entre gitanos y payos en el barrio y cómo esas relaciones incidían en la inclusión o exclusión de los gitanos en la sociedad mayoritaria. Ese trabajo quedó como uno más de los presentados durante la Licenciatura y sin embargo estaba marcado por algo especial: me había apetecido hacerlo, me lo había pasado muy bien haciéndolo y abría mis ganas de seguir haciendo cosas, aunque sin saber muy bien qué cosas, con los gitanos.

En el momento en el que acababa la breve aproximación etnográfica planteada, en el barrio despuntaba especialmente la conversión de algunos gitanos y gitanas a la llamada Iglesia Evangélica de Filadelfia y fueron ellos/as quienes insistieron en que visitara dicha iglesia. Como curiosidad inicial, así lo hice. Del primer día tengo recuerdos muy ambivalentes: qué interesante, pero qué locura; qué bien lo que hacen, pero no entiendo qué hacen; están locos o cuerdos; son una religión o serán una secta, sin plantearme las similitudes entre ambas ni su definición, entre muchos otros pensamientos o flashes. Tal fue el impacto, que pocos días más tarde pedí a unos amigos que me acompañaran para saber qué les parecía a ellos. Esta segunda visita despertó enormes preguntas: ¿qué suponían para los gitanos asistentes esos encuentros?, ¿qué encontraban allí?, ¿de dónde salía ese movimiento religioso?, etc.; preguntas a las cuales intento dar respues-

ta a través de mi trabajo de campo en los últimos años y a través de la escasa información escrita que hay sobre el tema.²

Vuelvo nuevamente algo atrás. Al acabar la Licenciatura seguía interesada en el tema gitano, pero como muchos otros estudiantes no tenía muy claro dónde cabría eso de la Antropología y cuáles eran las salidas profesionales, cuáles eran nuestras posibilidades, las salidas viables. Encontré mi primer trabajo, pero simultáneamente decidí continuar los cursos de Doctorado teniendo únicamente claro dónde estaban puestas mis ganas, mi tema de trabajo y nada más. Los cursos me garantizaban un lugar de encuentro, un vínculo que me permitía tratar temas de interés, aunque laboralmente la distancia era amplia.

Envidiaba sanamente a profesores, trabajadores sociales u otros profesionales que contaban con la posibilidad de trabajar con los gitanos, y por ello me acerqué a la Asociación de Enseñantes con Gitanos. A la mayor parte de sus miembros les unía el trabajo con y junto a los gitanos y las gitanas. A mí, en esos momentos, la admiración por su trabajo y las ganas de hacerlo también.

Poco más tarde, Teresa San Román me ofreció la posibilidad de participar en un Programa de Formación que había solicitado la Direcció General d'Ordenació Educativa de la Generalitat de Catalunya. En el programa debía participar como etnógrafa en relación a la población gitana. En este contexto y a raíz del trabajo que pudimos desarrollar durante tres años, pude también entrar en contacto con gitanos de otras poblaciones, en Lleida y en diversos entornos en Barcelona, como Can

² Recomendaría el libro que Manuela Cantón ha terminado sobre la Iglesia Pentecostal Gitana, recientemente publicado, que con seguridad es una aportación valiosa al conocimiento de este movimiento.

Tunis, San Roque, Santa Coloma, Porta y muy especialmente La Mina.

En todo este marco se ubica mi relación con los gitanos y las gitanas y mis enormes ganas de que participen en la sociedad en la misma medida en la que participa cualquier ciudadano que lo desee. A ellos les debo el haber aprendido cosas como su enorme expresividad, su capacidad de adaptación a las situaciones difíciles y el haber podido construir una trayectoria común y un proyecto conjunto.

2. Gitanos, una cultura ignorada de la desigual intervención a la visible marginación

*«La historia de los gitanos españoles es la historia de un testarudo sobresalto que dura cinco siglos; es la historia del desencuentro entre las características de una cultura secularmente nómada y una cultura sedentaria, generalmente recelosa, frecuentemente autoritaria y a veces inmisericorde;»
Félix Grande*

Es bien poco lo que se sabe sobre los gitanos, de su historia y su cultura. Y lo poco que se sabe nos llega no a través de ellos, sino de miradas ajenas y frecuentemente marcadas por el desconocimiento, el prejuicio y los estereotipos negativos. Y no sólo eso, las fuentes históricas que nos hablan de los gitanos no son muy fiables además de ser escasas.

La historia de los gitanos no aparece en las historias generales de España. La sociedad mayoritaria y sus poderes han escrito una historia que les tolera, les persigue, les persuade, los intenta asimilar o integrar, según cada momento y cada coyuntura, pero a la vez les esconde, sometidos a procesos de exclusión y marginación en los límites del sistema social dominante.

No voy a detenerme especialmente en su origen que, con mayor o menor consenso en la actualidad, se localiza en India. Se sabe que viajaban en pequeños grupos independientes, que hablaban una lengua propia y que con fre-

cuencia decían ser peregrinos, es así como está documentada su primera penetración conocida a través de los Pirineos.

Voy a detenerme en la historia reciente, en la trayectoria de relaciones compartidas en los últimos cincuenta años³.

Finalizada la Guerra Civil, los gitanos empiezan a llegar a las grandes ciudades. Es el momento de la construcción de barracas (chabolos) o de la ocupación de viejas casas y almacenes en las áreas periféricas. Estos gitanos que llegan, como en sus orígenes, lo hacen en pequeños grupos para evitar la competencia y el enfrentamiento entre familias. En el caso de que los recursos fuesen abundantes se daba aviso a otros miembros de la familia. En estos momentos combinan sus trabajos en las fábricas y obras, el de chatarrereros o “busqueros” de cartón con otras tareas temporales, como podía ser la recolección en el campo.

Entrados los años cincuenta, la situación empieza a cambiar. Ciudades como Madrid y Barcelona tenían ya un número de inmigrantes intraestatales con el consiguiente crecimiento. Los terrenos edificables comenzaron a agotarse y se produce la recalificación de terrenos rústicos y forestales. Los gitanos y payos que ocupaban barracas comienzan a ser desalojados. Cada vez hay menos terrenos y la concentración es mayor; es así como se crean los llamados barrios gueto, que aún hoy persisten. Se empiezan, en estos momentos, a propiciar las viviendas sociales y muchos payos poco a poco son trasladados, mientras que la mayor parte de los gitanos sufrieron un traslado tras otro, formando concentraciones chabolistas cada vez mayores. Este proceso implica para los gitanos

³ En esta exposición de la historia reciente de los gitanos en nuestro país voy a seguir y remito para una exposición más detallada a T. San Román (1997), *La diferencia inquietante. Viejas y nuevas estrategias culturales de los gitanos*, Madrid: Siglo XXI.

un enorme esfuerzo de adaptación para establecer vínculos con su medio urbano y para crear un mínimo de convivencia entre ellos. Alianzas entre familias, expulsión de algunos grupos, bodas, etc. Y cuando eso es posible, se vuelve a producir una nueva expulsión y un nuevo realojo. Las responsabilidades institucionales pasan de un lugar a otro con poco interés o poco conocimiento para resolver los problemas de este sistema de realojos.

Durante los años sesenta, la situación mejora sustancialmente. Llega la oferta de trabajo. Se crean nuevas esperanzas, las relaciones interétnicas mejoran, los choques entre payos y gitanos son aislados, los gitanos empiezan a interesarse por la escuela y consecuentemente comienzan el interés por la convivencia y el acercamiento gitanos/payos.

Y cambiará nuevamente la situación con los primeros años de la crisis: los gitanos vuelven a ser desplazados. Los años setenta y ochenta son para los gitanos una época triste. Se quedan sin trabajo y con grandes frustraciones en las esperanzas que se habían generado, y de nuevo han de recurrir a sus estrategias productivas, en especial desarrollando la venta ambulante.

Este rápido recorrido por la historia reciente de los gitanos nos permite entender la historia de inclusiones y exclusiones de éstos por parte de la sociedad mayoritaria, que parece tener un comportamiento estrictamente utilitario en la oferta de oportunidades para ellos tanto como en su exclusión, un utilitarismo que sólo se entiende como subsidiario a las grandes corrientes económicas y laborales de cada coyuntura. A estos factores estructurales se unen otros más claramente culturales, que pueden inclinar la balanza de uno u otro lado de la integración o la exclusión social cuando las condiciones no favorecen de una forma clara a las opciones disponibles para ellos en una o en la otra alternativa. Así, por ejemplo, a

menudo se les pide a los gitanos que se integren dentro de la sociedad paya, pero entendiendo esta integración como asimilación. Deben dejar de ser gitanos para que se les reconozca el derecho de entrar, integrarse cívicamente en el sistema mayoritario. Integrarse no debe implicar asimilarse, «dejar de ser para pasar a ser otro que no se es», sino tener los mismos derechos en cuanto a un trabajo, una vivienda, el acceso a la sanidad o a la escuela, compartir con el común de la población un estatuto de ciudadanía que recoge esos derechos fundamentales y otros, y que impone responsabilidades que carecen de sentido sin el disfrute simultáneo de los derechos, porque unos son la consecuencia y la contrapartida de los otros.

La actual situación de los gitanos, lamentablemente, continúa reflejando el estado nombrado con anterioridad, aunque no podemos obviar ciertos cambios en positivo. Aún hoy se continúan haciendo afirmaciones generalizadoras respecto a los gitanos. Frecuentemente han sido vistos como un grupo homogéneo. Este tratamiento deja tras de sí la posibilidad que tenemos de percibir y apreciar la variabilidad interna en sus condiciones de vida y en su cultura. Tan sólo ofrece una única visión homogénea y sesgada que no da cabida a las muy diversas situaciones existentes. Difícilmente se puede hablar de los gitanos como un todo cultural y social, no creo que haya posibilidad de hacerlo. Y en medio de tal variedad se hace difícil decir cuál es “la cultura” de los gitanos. La cultura es el plan de vida para la existencia de un pueblo, el proyecto que un pueblo traza. Lo que sí podemos nombrar son ciertos rasgos, ciertas formas organizativas, ciertas estrategias que constituyen un núcleo cultural común o al menos muy ampliamente compartido, aunque en cada momento en cada lugar y en cada coyuntura pueda presentar variaciones adapta-

tivas y pueda cambiar dinámicamente. En ese núcleo grueso se incluiría la organización social en base al parentesco y el valor que tiene la familia, la autoridad de los hombres de edad, el logro de la madurez a partir del nacimiento del primer hijo, la preferencia por casarse con parientes, el respeto por los difuntos y el escrupuloso cumplimiento de sus ritos, la existencia de una lengua común, a pesar de que se haya perdido casi en su totalidad, y la existencia de una identidad resistente construida frente al payo. En este último punto es necesaria una aclaración. No debe confundirse oposición con agresividad ni puede confundirse cultura con identidad. La identidad se construye en un proceso de reconocimiento por oposición. La identidad sólo toma de la cultura aquellos rasgos que son más apropiados para representarse a sí misma.

La historia de los gitanos, y no sólo la historia reciente, deja entrever las constantes adaptaciones y cambios que éstos han ido haciendo. El paso del nomadismo al sedentarismo, lo cual implica una auténtica revolución; la pérdida de sus profesiones tradicionales como la cestería, el chalaneo o la forja y el decantarse decididamente o el tomar contacto con otras como la venta ambulante que se adapta a sus estrategias familiares, e incluso más allá de la venta ambulante hacia oficios asalariados; su paso de perseguidos⁴ a “incorporados”; de desescolarizados a escolarizados; la contracción de familias extensas a nucleares o al menos reducidas en su extensión, en lo que concierne a la organización y desempeño de las actividades cotidianas, cada vez más frecuente; el cambio de una religiosidad católica sin práctica a la inclusión en la iglesia evangélica y su práctica diaria; de la transmisión oral al clientelismo televisivo; del sentido de la grupalidad y la solidaridad al creciente individualismo y la inmersión en una sociedad de clases, tributo del propio proceso

de integración social; y de nuevo, de vendedores a consumidores⁵.

Retomamos la heterogeneidad. La variabilidad entre los gitanos debe contemplar la edad, el sexo, el estatus, el nivel de integración en los términos en los cuales hablaba anteriormente, y la religión, entre otros. También existen diferencias en cuanto al origen territorial y a las diversas trayectorias adaptativas, adaptaciones que en su camino, con frecuencia, seleccionan unas características y sepultan otras.

En 1970 se inicia la creación de un barrio gueto en Barcelona, creado para albergar la mayor parte de la población barraquista en aquellos momentos. Entre 1973 y 1974 se procede a la ocupación de las viviendas, y buena parte de la población que es realojada son gitanos. El realojo, como muchos otros, siguió unos criterios poco o incluso nada explícitos, ajenos a la población, autoritarios, carentes de criterio social y poco acertados en los resultados prácticos en su mayoría. No se hizo ningún estudio previo sobre las condiciones sociales y culturales de la población que iba a ser realojada; el barrio se ubicó lejos del casco urbano y con difícil acceso, reforzándose así la distancia social; se siguieron planes de integración forzosa, sin la participación de la población, siendo ésta la única alternativa que se les ofrecía.

Como en tantas otras ocasiones, el realojo supuso una acción puntual, sin tener en cuenta la necesidad de un seguimiento posterior; se uniformiza a la población gitana olvidando, por ejemplo, niveles de integración social o variaciones en las actividades

⁴ Las leyes no permitían a los gitanos su estancia en muchos pueblos, la limitaba a pocos días en otros casos y tal vez esa idea viajera que les ronda, a veces cercada de una aureola romántica, pudo ser una imposición, un viaje por necesidad.

⁵ Siguiendo a J. Salinas (1999), Documento preparatorio del *Estudio preliminar del Pueblo Gitano Extremeño*. Madrid (sin publicar).

laborales; se crean edificaciones sólo para gitanos, con lo que se consigue no sólo segregarlos, aumentando los prejuicios de los vecinos, agravando su propia autoimagen, sino, en muchos casos, ponerlos en competencia; y finalmente no se tiene en cuenta la cultura, obligando por ejemplo a la convivencia forzada entre patrigrupos a veces enfrentados. ¿Qué posibilidades ofrece esta situación para el desarrollo cultural? Muy próxima a esta zona, y también próximo en el tiempo, en los años 60 comienzan a llegar un número importante de gitanos y gitanas a la periferia de una ciudad situada en el área metropolitana de Barcelona. Estos gitanos y gitanas tienen la posibilidad de asentarse por familias entremezclados con vecinos no-gitanos, consiguen un trabajo estable, compran su vivienda y se relacionan en igualdad con sus vecinos, lo que ha llevado con frecuencia al mestizaje a través de matrimonios mixtos. Dos situaciones bien diferenciadas que representan la diversidad de posteriores trayectorias culturales y personales, que son consecuencia de determinadas políticas de actuación para la población gitana, en unos casos, o de alternativas propias de los gitanos, en otros.

3. Imágenes cruzadas: a modo de conclusión

*La distancia entre el mundo
que atruena con campanas
y el otro mundo / el que solloza apenas
¿será equivalente a la que media
entre el excesivo odio amoroso
y el flaco amor odioso?
¿dará lo mismo refugiarse
en el seno aterido de la comunidad
que esconderse en el otro seno el tibio
y tan dulce de la mujer amada?*

*La luna del idilio no se ve
desde los helicópteros.*

M. Benedetti (1995), *El amor, las mujeres y la vida*

3.1. Una construcción imaginaria de La Mina

Cuando empezaba a visitar La Mina y eran pocas las personas que allí conocía, la primera idea que se me ocurrió fue preguntar a los gitanos de Torre Romeu quién tenía parientes en ese barrio, cargado, también para ellos, de connotaciones peyorativas. Las respuestas fueron muy pocas y algo más tarde pude saber por qué. Pocos fueron los que mencionaron tener familia o allegados en La Mina. Unos porque apenas mantenían contactos y otros me dijeron más tarde que no querían facilitarme el que yo fuera, por mi propio interés, dados los temores que se habían construido sobre el barrio. Lo cierto es que hay vínculos de parentesco entre algunos gitanos de Torre Romeu y gitanos de La Mina, y sin embargo lo ocultaron. Debajo de todo ello está la leyenda que envuelve a La Mina en su imaginario, ya que pocos la conocen en su realidad cotidiana. Realidad que escapa tanto a payos como a gitanos.

Sin duda, a esa imagen negativa también han contribuido los gitanos recientemente llegados a Torre Romeu, cuya procedencia inmediata es precisa y mayoritariamente de La Mina u otros barrios que se comparan con ella. Desde Torre Romeu y concretamente entre la población gitana, se concibe La Mina como la ciudad sin ley. Ciudad en la que se albergan los conflictos y la ilegalidad en todas sus variantes. Los escasos ejemplos negros conocidos se han transformado en generalizaciones. De este modo, La Mina se ha convertido en el receptáculo de todo cuanto hay de negativo en los estereotipos respecto a los gitanos, incluso para muchos gitanos de otros lugares. Si se oye algún problema en el barrio, «han sido los de La Mina»; si hay que ir a La Mina para algo, «vamos con mucho respeto y miedo porque allí hay mucho salvaje»; si se plantea una visi-

ta al culto de La Mina, «no nos gusta demasiado», a pesar de que el Culto intenta limar las diferencias entre los distintos grupos de gitanos; siempre que se oye algún comentario negativo, lo ocurrido es atribuible a La Mina, y se insiste en las distancias que les separan, aun cayendo en los estereotipos, tópicos y prejuicios estandarizados.

3. 2. Una construcción imaginaria de Torre Romeu

El primer comentario que oí en La Mina referido a Torre Romeu tenía que ver con su construcción como barrio: «parece el pueblecito de Belén, todo son casas pequeñas, con subidas y bajadas». Los siguientes comentarios hablaban de la cuestionada gitaneidad de los gitanos en Sabadell. Decían que ya casi no se les podía considerar gitanos porque se habían «apayado»⁶ mucho, argumentando cosas tales como la celebración de sus bodas y la escasa participación de la familia en la juerga: «llaman [a] una orquesta y que les haga la juerga, eso ya no es una boda gitana», o el creciente número de matrimonios registrados entre payos y gitanos. En definitiva, lo que a ojos de una etnógrafa no es más que un aspecto de la diversidad, la heterogeneidad de los gitanos inducida, al menos en parte, por los diferentes procesos de integración, que crea un panorama de diversidad muy duradero, para los gitanos siempre supone un material conceptual que atribuye, a los demás y a los propios, distintos grados de gitaneidad, frecuentemente como función de la adscripción de estatus.

Lo cierto es que las imágenes globales no escapan a los gitanos, y los estereotipos abrazan también a este colectivo dentro de sí mismo.

3. 3. Travesías soterradas

Las trayectorias seguidas y la situación actual de La Mina y Torre Romeu como barrio son distintas, y en consecuencia también la situación de los gitanos en ambas zonas. Las distintas travesías de los gitanos impide hablar de todos ellos en términos generalizadores y apuntan a variaciones internas.

Tampoco podría establecer una dicotomía entre los dos casos, aunque sí, después de analizar las dos trayectorias, establecer algunas conclusiones que apoyan afirmaciones que se han hecho por otros investigadores y que abren nuevas hipótesis que tendrán que contrastarse con nuevos datos. Es en estos términos que deben leerse las conclusiones que aquí expongo. Cuando la llegada de los gitanos a un barrio ha sido de manera voluntaria, sin presiones, éstos han utilizado sus pautas culturales para distribuirse en base al parentesco y han construido las relaciones de vecindad en consonancia con sus vecinos y vecinas y de manera adaptativa, buscando, y generalmente logrando, situarse en la ciudad y en la vida comunitaria sobre la base de un contexto carente de conflictos previos, carente también de tensiones previsibles. Cuando la igualdad de condiciones frente a los payos en trabajo y en vivienda se ha producido, inmediatamente se ha generado una mejora de las relaciones basadas hasta entonces en los estereotipos mutuos, rebasados por la evidencia y también por la apetencia de convivencia entre vecinos y entre compañeros. Y finalmente, cuando se ha llegado a la progresiva adaptación de los gitanos al mundo payo sin imposiciones, sin rechazos y sin entradas y salidas bruscas del

⁶ Término utilizado por los gitanos para referirse a la adopción de pautas y estrategias culturales payas por parte de los gitanos.

sistema mayoritario, la integración de los gitanos ha sido y es posible. Por el contrario, en casos como el de La Mina, cuando se les impone una concentración masiva e indiscriminada, se les está condenando a la consecuente competencia entre ellos frente a una escasez de recursos, y a los conflictos permanentes, unos ya anteriores pero sobre todo porque la nueva situación los provoca irremediablemente; yendo en contra de todas sus estrategias viables, se les construye un destino que permite escasos tragaluces.

Es aquí donde cabe el título de esta parte, *Travesías soterradas*. Son travesías posibles, que en casos como el de Torre Romeu se han recorrido y han beneficiado a los gitanos. Pero son travesías soterradas porque están fuera del campo visual de los gitanos, más allá de lo que

esta sociedad les suele ofrecer y más allá de lo que a esta sociedad le interesa mostrarles. A La Mina globalmente se la culpabiliza de su situación. Tan sólo se la recuerda cuando se habla de los aspectos negativos. En el imaginario colectivo payo, en las argumentaciones interesadas, Torre Romeu se acalla como ejemplo positivo. No se habla de las condiciones que han sido necesarias para llegar a la situación actual. No son ejemplos del bien y el mal, son ejemplos de una trayectoria que ha hecho factible el sosiego, las relaciones, la vida colectiva, y de otra que desde su inicio estaba abocada al estallido.



Carmen Méndez

Antropóloga, Universitat Autònoma de Barcelona